



Vol. 7, No. 2, Winter 2010, 257-272  
[www.ncsu.edu/project/acontracorriente](http://www.ncsu.edu/project/acontracorriente)

## Nota / Note

### **Discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Lengua como miembro correspondiente en Cerdeña (Italia)<sup>1</sup>**

**Hernán Loyola**

Università di Sássari

Al agradecer a los académicos Alfredo Matus, Gilberto Sánchez, José Luis Samaniego y Juan Antonio Massone, miembros de la mesa directiva, y con ellos a todos los académicos que la aprobaron, al agradecer, digo, esta honrosa incorporación mía a la Academia Chilena de la Lengua, se me plantea el problema de cómo ocupar los perentorios 30 minutos que han sido asignados a mi intervención. Barajando posibilidades, creo que lo más pertinente es que les cuente cómo llegué hasta acá, y agradecer a

---

<sup>1</sup> Esta ceremonia se realizó en Santiago de Chile el 30 de noviembre de 2009.

quienes lo hicieron posible ayudándome en situaciones más o menos problemáticas.

Comenzaré hablando de un día que dividió mi vida en dos, un *antes* y un *después*. Me refiero al sábado 6 de octubre de 1973. Aquel día me levanté mucho más temprano que de costumbre, hacia las 4 de la madrugada, o de la noche (como prefería decir Neruda), porque poco después de las 6, límite del toque de queda, un amigo pasaría a buscarme en su automóvil para llevarme hasta la sede de la embajada de Italia en Santiago, donde, a decir verdad, nadie me había invitado. Pero a las 6 y media estaba yo allí, intentando superar uno de los muros de la embajada, no recuerdo si por el lado de la calle Miguel Claro o de Elena Blanco, hasta que lo conseguí y caí de bruces en territorio italiano, donde todavía estoy.

Por entonces no había soldados en torno al recinto de la embajada, porque uno de los errores de los militares golpistas fue dar por descontado que las sedes diplomáticas de los países europeos, que no tenían ni tienen convenio de asilo político con Chile, rechazarían a quienes lo solicitaran. En cambio, lo rechazado en Europa fue el golpe militar mismo, y en modo tal que cuando dos días después, el lunes 8 de octubre a las 18 horas unos 50 soldados, bien armados y equipados, incluyendo los rostros embadurnados con betún negro, realizaban el audaz 'operativo' de allanar mi casa en avenida Príncipe de Gales frente al Grange School, yo me encontraba ya bajo la protección del gobierno de Italia. Ese mismo lunes, y a la misma hora, otras dos patrullas menores me buscaban afanosamente, aunque, me temo, no muy amigablemente, en casas de mi familia en Talagante y en Viña del Mar. Que escapé jabonado podría ser una metáfora muy adecuada en este caso, por lo cual dejo aquí constancia de infinita gratitud a mi esposa de entonces, la profesora Elena Ballerino, y a quienes con ella porfiaron hasta convencerme de que mi vida, o al menos mi dignidad de ser humano, corría serio peligro. Aquí corresponde nombrar a Carlos Santander, profesor como yo en la Universidad de Chile (y que murió exiliado en Costa Rica), y en particular a Hernán Castellano Girón, uno de mis poetas preferidos, que ya estaba dentro de la embajada italiana y que desde allí providencialmente me llamó por teléfono.

El 17 de noviembre de 1973 formé parte del primer grupo de refugiados que pudimos salir de la embajada y que, atravesando la capital en un bus flanqueado por motocicletas y otros vehículos militares, pudimos también salir del país en un avión de Alitalia que nos condujo hasta el aeropuerto Leonardo da Vinci de Roma-Fiumicino, donde desembarcamos el 18 de noviembre y donde nos ocurrió algo absolutamente inesperado y de veras extraordinario.

Éramos unas 12 personas de varia condición y edad, entre ellas el mencionado poeta Castellano Girón, el dirigente obrero Pedro Aravena, el estudiante de medicina Fernando Martínez, los hermanos Alfredo y Jaime Nazar, un mirista de Rancagua llamado Juan Fica y el hijo menor de mi amigo Pancho Coloane, de nombre Juan Francisco, que creo anda todavía por Bangladesh. Subieron al avión algunos funcionarios de civil y varios policías uniformados, y entonces yo recordé con temor que el escritor Cristián Huneus, poco antes del 6 de octubre, me había instado a no abandonar Chile porque al llegar a Italia me habrían trasladado a no sé cuáles terribles, tenebrosos e inhóspitos campamentos para refugiados en la zona de Nápoles. En cambio, ante nuestro creciente estupor, fuimos conducidos a un salón VIP del aeropuerto donde nos esperaba, además de la prensa, una delegación de parlamentarios italianos, diputados y senadores de todos los partidos políticos (con excepción, naturalmente, del MSI, de inspiración fascista), que nos acogieron con un espléndido cóctel en el mejor estilo italiano.

Traten ustedes de imaginar el aspecto bien poco presentable de esta docena de prófugos desembarcando allí después de un mes en la embajada italiana de Santiago, donde éramos unos 25 refugiados cuando salté el muro y más de 200 cuando salí por la puerta grande para subir al bus. Yo traía en mi maleta un poco de ropa y mis tesoros nerudianos, entre ellos la postal de 1915 con el primerísimo poema de Neftalí a punto de cumplir 11 años, y además un ejemplar muy bien encuadernado de la primera edición de *Cien años de soledad*. Y ahí estábamos, como inmigrantes de un libro *Corazón (Cuore)* pero al revés, llegando desde los Andes a los Apeninos, y acogidos como reyes magos.

Y traten de imaginar también nuestra maravilla y desconcierto ante tal recepción. Porque al fin de cuentas no éramos más que un puñado cualquiera de fugitivos, una cualquiera y anónima patrulla desgajada de un ejército en derrota. Ninguno de nosotros era un personaje notable en Chile. ¿Por qué habíamos sido recibidos casi como héroes? De allí nos llevaron a un hotel sobre la via Aurelia, a media hora del centro de Roma, donde tendríamos alojamiento y comida (e incluso ropa nueva y buena, y además dinero para el bolsillo) hasta que encontráramos trabajo. Todo ello costado por el gobierno italiano, es decir por los contribuyentes de ese país. ¿Por qué tan magnífica solidaridad? Poco después empezaron a llegar a Roma refugiados políticos huyendo de las feroces dictaduras de los años '70 en Argentina, Brasil y Uruguay. Ellos no fueron recibidos ni tratados tan bien como lo fuimos nosotros los chilenos. ¿Por qué la diferencia?

Pronto comprendí que la diferencia tenía un nombre, el nombre del presidente Salvador Allende, ese hombre que había jurado que no abandonaría La Moneda sino muerto, y muerto salió de La Moneda. Tan coherente sacrificio de la propia vida causó un impacto enorme (estrictamente silenciado en Chile por la Junta) en toda Europa occidental pero particularmente en Italia. Ni los argentinos, ni los brasileños, ni los uruguayos tuvieron un Salvador Allende, y eso marcó la diferencia que a mí, en lo personal, me permitió comenzar rápidamente a rehacer en Italia mi carrera académica hasta el nivel más alto. Porque la Universidad de Sássari, en la isla de Cerdeña, si bien cumpliendo con las formalidades de un concurso, de hecho me ofreció un puesto como profesor de lengua y de literaturas hispánicas por ser un académico prófugo de la dictadura chilena. Sin la heroica muerte del presidente Allende dentro del palacio de gobierno sometido a bombardeo, habría sido muy difícil, por no decir imposible, que profesores ultracatólicos (nada izquierdizantes) y profesores marxistas de la Facultad de Derecho de la Universidad de Sássari hubieran depuesto las agudas diferencias y las terribles disputas que había entre ellos, y que en cambio se unieran, como ocurrió, para favorecer el reclutamiento de un académico chileno, prófugo de la dictadura, como profesor de lengua española para los estudiantes de Ciencias Políticas. Y sin esa extraña e inverosímil colusión entre católicos y comunistas, explicable sólo en clave

de admiración por el defensor de La Moneda, yo no habría podido acceder a ese encargo universitario por cierto muy ambicionado.

Así comenzó mi carrera académica en Italia, y con ella una segunda oportunidad para desarrollar y profundizar mi especialización en la vida y obra de Pablo Neruda. Además de mis propias publicaciones, en Sássari pude organizar y realizar en 1984 un memorable Congreso Intercontinental en homenaje a los 80 años de Pablo Neruda, al que concurrieron, algunos atravesando océanos hasta llegar a mi isla de Cerdeña, los mejores especialistas mundiales, a comenzar por Alain Sicard desde Francia, Jaime Concha y René de Costa desde Estados Unidos, Robert Pring-Mill desde Oxford, Carlos Santander desde Costa de Marfil en África, Volodia Teitelboim desde Moscú, Dario Puccini y Antonio Melis desde el continente, como llaman los sardos a la península italiana. Las actas del Congreso fueron publicadas en 1987 bajo el título *Neruda en Sássari*. Ese mismo año 1987 publiqué en Madrid (Ediciones Cátedra) un trabajo del que estoy muy orgulloso; me refiero a mi edición crítica de la hermética *Residencia en la tierra*, que creo va ya por la décima reimpresión.

Diez años más tarde, en 1997, mientras intentaba editar con fondos universitarios el volumen 2 de mi primera revista *Nerudiana*, de la cual había publicado en 1996 el volumen 1, de 400 páginas, se cumplió el sueño máximo de mi vida hasta entonces, cuando la editora Galaxia Gutenberg de Barcelona me propuso dirigir y coordinar la edición de las *Obras Completas* de Pablo Neruda en 4 volúmenes, que al final fueron 5. Esos cinco volúmenes los fui produciendo desde Sássari y se fueron publicando entre 1999 y 2002, este último el año en que cumplí 50 años de nerudólogo, con lo cual me gané una honrosa medalla de oro de la Fundación Pablo Neruda.

Tanta gratitud, entonces, a Italia, a mi isla de Cerdeña (representada aquí, en esta sala, por la periodista sarda Gabriella Saba) y sobre todo a la Universidad de Sássari porque allí mi dedicación central a la vida y obra de Neruda se vio favorecida. Concentrar la propia atención sobre un autor era normal en las universidades europeas, particularmente en Francia y Alemania, pero también en Italia. Me complace recordar aquí

que logré abrirles algún camino a notables discípulos que hoy enseñan literatura hispanoamericana o lengua española en universidades italianas, y menciono en particular a Laura Luche y a Simona Cocco en la Universidad de Sássari, y a Domènico Antonio Cusato, catedrático en la Universidad de Catania. Entre 1997 y 2002 viajé muy a menudo desde Sássari a Barcelona para controlar la edición de las *Obras Completas* de Neruda junto al magnífico editor ejecutivo con quien tuve el honor de trabajar, el colombiano Nicanor Vélez. Desde 1996 o 1997, hasta 2002, cada vez que fui a Barcelona me di tiempo para tomar el tren hasta Blanes, sobre la Costa Brava, y dedicar un día o dos a platicar con Roberto Bolaño, a quien telefoneé desde Sássari en 1996, sin conocerlo de persona pero deslumbrado tras haber leído su libro *La literatura nazi en América*, y así lo fui a visitar a Blanes cuando en Chile sólo dos o tres avizores sabían de él. Y naturalmente cada vez que volví discutíamos sobre Neruda, que no era santo de su devoción. Le tomé fotos caminando por una calle de ese pueblo catalán, y Carolina nos tomó algunas a Roberto y a mí con el pequeño Lautaro, fotos que conservo como pequeños tesoros aún inéditos.

Por este privilegio adicional de haber frecuentado a Roberto Bolaño, y por todo lo que he podido conocer, hacer y vivir en Europa, incluyendo por cierto a mi hijo David de 43 años, que vive en Budapest pero trabaja como intérprete en la cabina húngara del parlamento europeo en Bruselas, y a mi hijo Matías, mestizo de chileno y sarda que hoy tiene 24 años y estudia psicología en la Universidad de Pàdova (Padua): por todo esto y por mucho más que no cabe aquí, mi más grande y principal agradecimiento, y mi homenaje en esta ocasión, van a la memoria del Presidente Salvador Allende, a quien debo la segunda parte de mi vida, y a quien conocí personalmente en 1952, el año de mi bautismo como ciudadano elector.

El año anterior, o sea 1951, a mis 21 años de edad, yo había recibido por primera vez el carné del Partido Comunista de Chile y al mismo tiempo, pero por convergencia sólo casual, había comenzado mi tesis universitaria sobre el *Canto general* recién publicado. En mi adhesión al marxismo y a la causa comunista agradezco la gran influencia inicial de dos compañeros de curso en el Pedagógico: Yerko Moretic, después crítico

literario de gran prestigio, fallecido antes del golpe, y Carlos Orellana, cuya trayectoria en las editoriales Universitaria y Planeta, y también en la dirección ejecutiva de la mítica revista *Araucaria*, es por lo demás muy conocida y apreciada. Yerko y Carlos lograron convencerme de que los comunistas no se comían a los niños (así me habían enseñado en el colegio de frailes) y que incluso había entre ellos algunos vegetarianos.

Otros dos compañeros del mismo curso, por su lado, me confirmaron en el estudio de la literatura. Hasta hace muy poco, ambos eran miembros de número de esta Academia Chilena de la Lengua, pero uno de ellos acaba de fallecer: Alfonso Calderón, en cuyas manos de estudiante vi con admiración, y con envidia, aparecer de pronto un libro suyo, su poemario *Primer consejo a los arcángeles del viento*, y sólo entonces supe que me era posible conocer a un escritor en vivo y en directa, en carne y huesos, porque antes los escritores eran para mí seres míticos de otro mundo, que se materializaban sólo a través de sus libros. En aquellos años, no sé si después lo superó, Alfonso era hipocondríaco y temeroso de las infecciones, si bien no en el grado extremo de Acario Cotapos. Recuerdo que una vez, mientras bebíamos algo en la cafetería del Pedagógico en Alameda con Cumming, me pidió que humedeciera con mi lengua el borde engomado de la carta que tenía en mano y que debía despachar, y al preguntarle yo por qué no lo hacía él me respondió tranquilamente que por temor a contraer una cierta enfermedad venérea. Pero esto aparte, Alfonso era uno de los lectores más voraces que he conocido, y su memoria era un archivo, o, como se dice hoy, una portentosa banca de datos viviente. Sus notas sobre Neruda, recogidas en el libro *Memorias de memoria* (Universitaria, 1990), son muy inteligentes y sabrosas.

El otro compañero de curso era Cedomil Goic. A quienes lo conocen sólo como el atildado y siempre compuesto catedrático, como el enciclopédico conocedor e historiador de la literatura hispanoamericana, en suma, como el riguroso, flemático e imperturbable intelectual de gran clase que siempre parece saliendo del set de alguna película inglesa filmada en Oxford junto a Anthony Hopkins y al inspector Morse, quizás les sea difícil imaginar al joven estudiante Goic en un estadio y en pantalones cortos corriendo los 100 y los 200 metros planos y ganándole a Egon Wolff

entre otros rivales, aunque con marcas a decir verdad poco memorables, o bien jugando básquetbol en team con Félix Martínez Bonati y con Wilfredo Casanova, o en una misma escuadra de fútbol con el filólogo Mario Ferreccio, de quien persiste la leyenda de que con el balón en los pies era casi mejor que preparando la edición crítica de la *Histórica Relación* del padre Ovalle, cuya excelencia nadie discute.

De esa misma época, si bien de otro curso sucesivo, es mi amigo Pedro Lastra, a quien debo su apoyo para acceder al equipo docente de la Universidad de Chile. Pero a Pedro le debo sobre todo haberme dejado solo una mañana en su casa de calle Diego de Almagro, él tuvo que salir a sus asuntos y me dejó en compañía del escritor peruano José María Arguedas, quien me contó chistes serranos y por más de una hora cantó para mí, sólo para mí, una serie inolvidable de canciones en lengua quechua de las que yo no entendía nada, claro, pero ni falta que hacía, porque Arguedas las sabía cantar y comunicar en modo maravilloso.

Pero volvamos a 1951, que fue particularmente memorable para mí porque durante ese año hubo un medio minuto de silencio que decidí para siempre el perfil de mi vida de estudioso. Un domingo soleado de primavera, cerca del mediodía, caminábamos con Carlos Orellana por una calle del centro, tal vez Catedral, en dirección a Plaza de Armas, cuando vimos venir en dirección contraria a nuestro profesor de literatura española don Juan Uribe Echevarría, hombre alto, calvo y rubicundo, robusto y exuberante, dotado de un hablar fuerte, campechano y coloquial como los textos de poesía popular y folklórica a que dedicaba buena parte de sus energías. Era un profesor fuera de lo común por estilo de docencia y de vida, de la que poco se sabía y sobre la cual se tejían misterios y se verificaban extravagancias. Una de ellas era la de vestir habitualmente de blanco en primavera, otoño y verano, y quizás hasta en invierno bajo su contundente sobretodo, y eso en un país donde vestir los hombres con ropa de color apenas más claro que el gris oscuro todavía hoy es considerado como signo de excentricidad y bizarría. Precisemos sin embargo que en el traje de don Juan la blancura solía no ser impecable ni mucho menos, y que tal vez exhibía algunas arrugas de más, pero a nuestros ojos eso no

disminuía en nada la estatura humana de un profesor lleno de iniciativas y dotado de una generosidad intelectual muy poco frecuente.

Así lo vimos venir aquel domingo Carlos y yo, y se notaba que ya había practicado brevemente el rito del aperitivo con amigos. “Hola cabros”, nos dijo de entrada, y luego nos preguntó por nuestras tesis de grado ya que éramos de la promoción del ’48. Carlos le refirió estar trabajando sobre la narrativa de Miguel Ángel Asturias, “natural”, comentó don Juan, “tú eres guatemalteco también”, y cuando se dirigió a mí, declaré que había empezado a trabajar una tesis sobre don Luis de Góngora y Argote junto a una compañera del curso, Alicia Galaz Vivar, de quien por entonces yo andaba terriblemente enamorado; ella abordando la *Fábula de Polifemo y Galatea*, y yo la *Fábula de Píramo y Tisbe*, si no recuerdo mal.

Don Juan me preguntó entonces si conocía un reciente ensayo de Gerardo Diego sobre Góngora. Cuando respondí que no, él dijo una palabrota (que no repetiré) y luego me miró en silencio por aquel medio minuto decisivo, al cabo del cual me dijo estas palabras: “Mira, cabro, por mucho que tú escribas la mejor tesis que sea posible escribir en Chile sobre Góngora, vas a llegar siempre *placé* porque delante de ti llegarán siempre Dámaso Alonso, Pedro Salinas, el mismo Gerardo Diego, Alemany, Spitzer, Vossler, en fin, todos los especialistas españoles y europeos. Al revés, si te dedicas a un autor chileno o a una obra reciente poco estudiada, pero que valgan la pena, aunque escribas una porquería de tesis igual te van a citar siempre, porque fuiste el primero. Por ejemplo, y ya que eres comunista, ¿por qué no trabajas tu tesis sobre el *Canto general* de tu camarada Neruda, que se publicó recién el año pasado?”

No hace falta que enfatice el impacto que tuvo sobre mí este consejo de mi profesor Juan Uribe Echevarría, a quien evoco aquí con gratitud ilimitada. Alicia Galaz siguió adelante con su Góngora, del que años más tarde publicará una excelente antología y varios ensayos, aparte algunos libros de muy buena poesía, y murió no hace mucho en Estados Unidos. Rindo aquí homenaje a su memoria. Por mi parte, yo venía acercándome a Neruda sin saberlo, a través de sus amigos, desde mis años de secundaria. Rubén Azócar me había tomado examen en Santiago y Yolando Pino Saavedra en Valparaíso. En 1942 Rubén me puso el único 7 en Castellano

de que había memoria en los temibles exámenes que presidió como jefe de comisión en el Instituto Zambrano de la Estación Central, y Yolando Pino me había felicitado por mi prueba de bachillerato a fines de 1947. Ese año yo había comprado en una librería del puerto mi primer Neruda, los *Veinte poemas* en la célebre edición pirata impresa y reimpressa en Buenos Aires por la Editorial Tor desde 1933, que traía como prólogo un poema del argentino Lisardo Zía, “Retrato de un poeta”, cuyos primeros versos nunca he olvidado: “Este / Neruda, / tan vertical sobre la móvil tierra, / del Norte al Sur, del Este hasta el Oeste, / con su nombre guerrero y con su guerra”.

A Salvador Allende y a Pablo Neruda los conocí de persona, casi simultáneamente, durante la primavera de 1952. A mediados de agosto de ese año había vuelto Neruda de sus tres años de exilio en Europa. Poco después hubo elección presidencial a cuatro candidatos, como ahora, y como ahora el candidato de los comunistas, Salvador Allende, era el que tenía menos opción. Neruda regresaba lleno de fervor político y de amor (clandestino) por Matilde, y se sumó de inmediato a la campaña electoral. A fines de agosto vino Allende a mi pueblo, Talagante, para la proclamación final en la plaza, pero en el local del partido habíamos logrado reunir sólo a nueve personas, por lo que muy embarazados sugerimos una proclamación ‘privada’, allí dentro del local. Para mi sorpresa, Allende rechazó la idea y dispuso salir a la calle enseguida, “traigo un arma secreta”, agregó, y era un megáfono a pilas, gran novedad tecnológica entonces, y así desfilamos muy orondos los ‘nueve de la fama’ por la calle principal de Talagante hasta la plaza, encabezados por el candidato mismo que con su megáfono atrajo el interés de los vecinos que nos flanquearon desde ambas aceras a lo largo de todo el trayecto, convirtiendo la esmirriada marcha de los nueve en un inimaginable éxito de público. Desde entonces yo admiré muy de veras a Salvador Allende y las cuatro veces que voté por él, o sea mis cuatro únicas presidenciales (1952, 1958, 1964 y 1970), lo voté con real convicción, y no sólo por disposición de mi partido. Según acabo de contarles, demás está agregar que me pagó muy, pero muy bien.

A comienzos de noviembre de 1952 Pablo Neruda me recibió en *Michoacán*, su casa de Avenida Lynch, en un sector que entonces llamaban

Los Guindos. Se manifestó muy contento de que me ocupase de uno de sus últimos libros, *Canto general*, y no de los consabidos *Veinte poemas* o de *Residencia en la tierra*. No le gustaban los lectores inmóviles, fijos en sus libros de juventud.

Para premiarme, Pablo me invitó a recorrer en su compañía y conversación el jardín de su casa. Me presentó con mal disimulado orgullo el álamo que había plantado poco antes de entrar en clandestinidad, a comienzos de 1948, y que ahora era ya un árbol robusto. También me mostró los castaños y me contó, anticipándome lo que leería pocos días después en una revista, que esos árboles no lo habían reconocido al volver y que se negaban a germinar en plena primavera. “Cada día fui a visitarlos, pues comprendía que necesitaban mi homenaje, y en el frío de la mañana me quedé inmóvil bajo las ramas sin hojas hasta que un día un tímido brote verde, muy lejos en lo alto, salió a mirarme y luego vinieron otros” (*Vistazo*, n° 12, Santiago, 11.11.1952). Entonces empecé a comprender la singular relación que tenía Pablo con los objetos naturales, y también con los objetos culturales como son los libros, pues luego me mostró su maravillosa biblioteca y su colección de caracolas, y allí me regaló, con amable dedicatoria en tinta verde, la versión facsimilar, pero reducida al formato 17 x 11 cm, del monumental *Canto general* mexicano de 1950.

Hasta entonces yo había trabajado mi tesis sobre un ejemplar del *Canto general* publicado en Chile por el Partido Comunista, también en 1950, con ilustraciones de Venturelli. Esta singular edición estableció un auténtico récord en la historia mundial de la tipografía. Sí señor, pues haber publicado clandestinamente, burlando la persecución policial del gobierno de González Videla (que en 1948 había puesto fuera de la ley al Partido Comunista), 5.000 ejemplares de un libro de casi 500 páginas, venciendo las enormes dificultades y riesgos que suponía recibir, traspasar, reunir, ordenar y disponer para la imprenta una enorme cantidad de originales, más la confección material de los 5 mil volúmenes, todo aquello fue de verdad una proeza editorial que merece ser recordada y admirada. Pero claro está que una tal edición no podía carecer de fallas y erratas, por lo cual el regalo de la edición mexicana fue para mí precioso en todos los sentidos posibles e imaginables.

Así comenzó mi amistad con Neruda, que duró hasta su muerte en 1973. Hubo, sin embargo, una breve interrupción en 1970, cuando publiqué en el diario *El Siglo* una favorable reseña del *Ensayo de otro mundo* de Roberto Fernández Retamar, quien era su enemigo desde 1966 por aquello de la carta abierta de los intelectuales cubanos. El 04.08.1970 Pablo me envió en cambio una carta cerrada, y de ruptura, porque para él mi juicio sobre el libro de Retamar era incompatible con nuestra amistad. Prácticamente me acusaba de traición. Y cuando él creía eso, era absolutamente implacable, tajante y definitivo. Por lo cual es extraño que exista otra carta, con fecha 09.11.1970, en la que Pablo me devuelve su amistad. Extraño e interesante para comprender la compleja dinámica de la psicología o carácter del poeta. ¿Por qué Neruda me devolvió la amistad que recién me había retirado? Para quienes conocieron a Neruda, el fenómeno era muy raro, de veras insólito: sobran dedos en una mano para contar casos similares en su trayectoria. Neruda rompía, y se acabó, sin vuelta.

La clave es mi respuesta a Pablo. Aunque en su carta me ordenaba explícitamente no responder, no le hice caso. Yo sabía por qué me había escrito así, yo sabía que su máximo temor era el de la traición a su amistad o confianza concedidas. Así había sucedido, a sus ojos, por ejemplo con Mario Ferrero que se alineó al grupo rokhiano, o con Efraín Barquero entre varios otros. Pero en mi caso se equivocaba. Con el exilio perdí la copia de mi carta, que demoró un poco, pero recuerdo que comencé contraatacando con una violencia que de seguro Pablo no esperaba: algo así como “Pablo, no sé qué te has imaginado, pero ya estoy grandecito como para que alguien, incluso tú, me vengas a decir sobre quién o qué cosa debo escribir, o me venga a indicar quién puede, o no, ser mi amigo”. Éste fue el tono del comienzo de mi respuesta.

Sólo recientemente, muchos años más tarde, fui capaz de ver claro y reconocer que Pablo tenía razón en lo de Retamar, el “sargento literario” de sus memorias, y hasta hoy me avergüenza no haber sabido comprender a fondo, mientras Pablo vivió, cuánto era injusta y ofensiva la carta de los cubanos hacia su dignidad política de revolucionario, y cuánto le dolió justamente por eso, y cuánta rabia debió tragar porque la razón política le

impedía responder al verdadero mandante del mensaje. Por eso en 2004 publiqué en Santiago, y después en un diario de Ciudad de México, una “Carta abierta a Roberto Fernández Retamar” planteando la necesidad de que el gobierno cubano, o mejor Fidel en persona, hicieran un gesto de desagravio a Pablo Neruda, un gesto público y mundialmente difundido como lo fue la carta de 1966, admitiendo el error de haber cuestionado la condición revolucionaria del poeta y reconociéndole el valor de haber sido consecuente hasta el final y de no haber jamás atacado a la revolución cubana, a pesar de la ira.

Sin embargo, en 1970 yo fui honesto al escribirle así a Pablo, y al protestar mi derecho a ser también amigo de Retamar. Me interesaba dejarlo en claro para después concluir mi respuesta de este modo: “Pero, querido Pablo, no me confundas con los Ferreros ni con los otros que te han traicionado. Yo jamás te traicionaré. Yo elegí libremente, hace ya una docena de años y antes de conocerte, ocuparme de tu poesía con dedicación total y al mejor nivel que me fuera posible, y te digo, Pablo, que lo seguiré haciendo mientras viva y que me importa un rábano lo que tú pienses al respecto, y si eso te parece bien o no”.

Al cabo de algunos días recibí la carta del 09.11, y además Pablo me llamó por teléfono invitándome de nuevo a Isla Negra, más o menos con estas palabras: “Matilde ha bajado del entretecho una botella de vino que está allí desde hace diez años, queremos que vengas a tomarla con nosotros. ¿Puedes venir pasado mañana?” La alusión a los *diez años* era un signo, un guiño intencional y honroso para mí, porque correspondía a un período singular en su vida con Matilde, y Pablo sabía que yo lo sabía. Fue así que volví a frecuentar Isla Negra y a pasar allí dos o tres días y a veces semanas enteras. Sólo mi respuesta puede explicar esta excepción que hizo Pablo a las implacables reglas que su orgullo le dictaba, excepción que, para mí, cuenta como una gran medalla de oro en mi pecho y en mi vida.

Mi amistad con Pablo se prolongó más allá de su muerte pues fui uno de los nueve (otra vez ‘los nueve de la fama’) que incluyendo a Matilde lo velamos la noche del 24 al 25 de septiembre de 1973 en La Chascona con ventanas y puertas rotas, una casa agredida por el odio y no para robar, con el caos de objetos maravillosos por el suelo y pinturas valiosas literalmente

pasadas a cuchillo. Estuve también en el cortejo fúnebre del día 25, y en la Avenida La Paz, cuando Pancho Coloane, dos filas detrás de mí, vociferó con su vozarrón inolvidable el nombre más prohibido en ese momento, “¡Compañero Salvador Allende!”, yo fui uno de los que gritaron, o más bien aullaron de puro miedo animal la respuesta de rigor, “¡Presente!”, mientras en ambas aceras filas compactas de soldados, con sus metralletas en ristre, nos flanqueaban, y yo esperando la ráfaga que me tocaba. Nunca como en ese momento me he sentido tan cerca de la muerte: bastaba un soldado nervioso al que se le escapara una bala y yo no estaría aquí contando el cuento.

Pero nada de eso ocurrió y pudimos por fin entrar al Cementerio General, todos llorando de conmoción por la escapada, y aún preguntándonos ¿por qué no dispararon? Sabíamos que los golpistas no se habían detenido ante nada, sabíamos que habían asesinado a ese ángel que fue Víctor Jara, sabíamos que incluso habían bombardeado sin necesidad el palacio de La Moneda, símbolo de esa tradición de institucionalidad con que los chilenos nos llenábamos la boca, y en fin, sabíamos que por mucho menos de lo que acabábamos de hacer nosotros había en todo el país gente muerta, torturada o desaparecida para siempre.

Y sin embargo un poeta los paralizó esa mañana, los rindió impotentes y nos cubrió a nosotros, los del cortejo insolente, con un escudo mágico. De este modo el funeral de Neruda se llenó de un significado totalmente imprevisto, porque sin pretenderlo se transformó de hecho en la primera manifestación pública contra la Junta Militar. Ese funeral vigilado—corajudo y popular—fue la primera batalla póstuma de Neruda. Y, así como el Cid Campeador ganó su legendaria batalla póstuma, así también Neruda ganó la suya. La prueba es que yo estoy aquí, 36 años después, sobreviviente de esa batalla que ha querido recordarles, sin ánimo polémico, sólo para mostrar cómo en mi trayectoria académica he tenido que nacer dos veces, una en Chile 1952, otra en Italia 1973, y cómo en ambos nacimientos fui apadrinado por las mismas dos personas: Salvador Allende y Pablo Neruda.

Bueno, se me acabó el tiempo. Quiero sólo agregar que mi nacimiento italiano se ha prolongado en Chile durante los últimos años, cerrando parcialmente el círculo, o mejor, creando una especie de alternancia entre Sássari y Santiago. He podido volver a enseñar en mi ateneo de origen, la Universidad de Chile, y he podido publicar en mi país de origen el primer volumen de una ambiciosa biografía de Pablo Neruda, editado por Planeta en 2006. Pero que pudo no haber aparecido porque a comienzos de ese 2006, como en 1973, hubo otro día 6, el 6 de enero, en el que mi muy querido amigo el doctor Alejandro Cotera, director del Departamento de Medicina de la Universidad de Chile en el viejo hospital J. J. Aguirre, nefrólogo y nerudólogo por partes iguales, al disponer o promover una intervención clínica que no parecía indispensable de hecho me salvó la vida. Lo cual hizo posible además que ese mismo 2006 apareciera el primer número de la revista *Nerudiana*, editada semestralmente por la Fundación Pablo Neruda bajo mi dirección, que ha publicado ya 7 números y está por publicar el octavo, duración poco frecuente para una revista literaria en Chile.

Entre Sássari y Santiago estoy completando un volumen dedicado a Neruda dentro de la serie “ediciones conmemorativas” publicada por el esfuerzo conjunto de la Real Academia Española, de la Academia Chilena de la Lengua, y de la editorial Alfaguara del grupo Santillana, volumen que bajo el título *Pablo Neruda / Antología Mayor* será presentado en ocasión del V Congreso Internacional de la Lengua Española, a celebrarse en Valparaíso, marzo 2010, año del Bicentenario. Y también entre Sassari y Santiago estoy escribiendo, también para 2010, el segundo volumen de mi biografía de Neruda, grave tarea en la que me sostienen el cariño de mis hermanas Enid y Adriana, el de mi hermano Luis Alejandro y el del resto del clan familiar, aparte el apoyo logístico de Alejandro Cotera, de Nurieldín Hermosilla, y de Lily Robres, quienes por separado han querido asumir la dura tarea de leer y comentar los originales que voy produciendo, lo cual es una ayuda impagable que todo escritor necesita, reconoce y, naturalmente, agradece. Es lo que aquí hago para concluir, además de reiterar mi gratitud a los académicos señores Matus, Sánchez, Samaniego y Massone, y a todos los señores académicos que la aprobaron, por el honor y

la inmerecida distinción que a través de esta ceremonia de incorporación me han otorgado. Muchas gracias.